

**DOMINGO XII DE TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Job 38, 1.8-11): *Echará brotes y dará fruto.*

**Salmo** (106, 23-26.28-31): *«¡Dad gracias al Señor, porque es eterna su misericordia!*

**2ª lectura** (2ª Corintios 5, 14-17): *Cristo murió por todos.*

**Evangelio** (Marcos 4, 35-41): *¿Por qué tenéis miedo?*

Job es un personaje de novela, ya que realmente no existió. Pero, igual que los escritores de fábulas, el contenido de la novela es muy real. Dicho esto, Job se atreve a pedir a Dios que se encuentre con él. Y Dios lo hace desde la tormenta, recordando así el marco de otras teofanías o manifestaciones de Dios en el AT. Job ha tenido que discutir sobre el supuesto pecado del que le acusan sus amigos. Estos reflejan la teología de la remuneración existente en el judaísmo y que perdura en algunos aún hoy: «**Dios premia a los buenos y castiga a los malos**». Y él ha refutado esa acusación. Y, como testigo, llama a Dios mismo, el cual no le va a dar ninguna explicación, sino que lo pone ante el misterio de la existencia.

Si Dios mismo, en la primera lectura, pone a Job ante el misterio de su existencia, Jesús parece desentenderse de sus discípulos durmiendo plácidamente en medio de una tormenta que pone de relieve el sueño profundo de Jesús. En la pregunta de los discípulos subyace un tinte de reproche a Jesús y, posiblemente, la confianza en que Jesús podía remediar sus miedos. Y Jesús realiza un signo precisamente para responder a sus miedos, lo cual no deja de ser un alimento a los deseos de los discípulos. Es importante señalar esto, porque los inicios del proceso de la fe necesitan algún signo para generar confianza en Dios o en Jesús y, por ello, iniciar la relación con Él.

¡La fe no se alimenta de signos! Esta realidad ya la inició Dios con Abrahán cuando le pidió sacrificar a Isaac, el hijo de la promesa. Para que la fe de Abrahán no se apoyara en el signo que Dios le había dado (Isaac) sino en Dios mismo, Dios pide a Abrahán el sacrificio del don.

En el texto evangélico de hoy, Jesús responde al tinte de reproche de los discípulos con un signo (calma la tempestad) pero ese signo remite a una realidad más profunda: ¿quién es este? Jesús va revelando a sus discípulos su autoridad ante los fenómenos naturales y la autoridad de su Palabra que es la que posibilita la relación con Él. Y una relación que crece en un diálogo conflictivo: «¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?». Pidamos al Señor que, en medio de nuestras tormentas vitales, sociales, económicas, políticas, eclesiales, nos permita nutrir nuestras relaciones interpersonales, compartiendo fe y no solo opiniones religiosas.

Los cristianos corremos el riesgo de sentir miedo mientras navegamos sobre la barca de Pedro, y es que los vientos que soplan contra ella resultan con frecuencia huracanados y pensamos que podemos hundirnos. Otra actitud enfrentada es la arrogancia de quienes creen que no hay argumentos contra las propias creencias, hasta el punto de cuestionarse sobre la misma fe. Si no vale refugiarse en el miedo tampoco es válido negar la fe por el simple hecho de que no cuadre con los propios criterios.

La fe no es sólo un don sino también una virtud, que facilita el esfuerzo del hombre para aceptar la verdad que trasciende al razonamiento puramente lógico. Pablo nos recuerda que él había valorado a Cristo según criterios puramente humanos y ello le llevó a considerarle un adversario de la predilección de Dios manifestada a su pueblo. Defendiendo su idea de Dios, haciendo valer su propio criterio adquirido en el conocimiento de la Ley, Pablo rechaza a Cristo porque todavía no ha recibido la revelación; esta le deslumbra en el camino de Damasco y sólo cuando ha recuperado su visión, ve más allá del pasado, descubre lo nuevo que ya ha comenzado con Cristo, y recobra las fuerzas que había visto peligrar.

Ha sido la acción de Dios, la misma que Yahvé recordó a Job desde la tormenta, la soberanía sobre el mar y sus olas, la que se ha manifestado como transformadora de la mente del apóstol. Su criterio, su jerarquía de valores, ya no se apoya en la cotización del saber humano, sino en el conocimiento del misterio de Dios que le ha sido revelado.

Jesús, a quien los discípulos conocen y comparten con Él un viaje por el lago de Galilea, reconoce la capacidad de los suyos para ocuparse de las tareas ordinarias de la navegación y se duerme tranquilo en la barca sin temor alguno, pues confía en ellos. Ellos, sin embargo, cuando los elementos se desatan y manifiestan un poder superior al que ellos ya no pueden dominar, recurren a Jesús para que intervenga. Ellos le habían visto hacer milagros y piensan que ahora debe hacer otro para salvarles; en el fondo tienen fe, pero según Jesús no tienen todavía suficiente. Todavía no habían descubierto los apóstoles que Jesús era el Señor, el dueño del mar; el mismo que habló a Job desde la tormenta; por eso se extrañaron y comentaban entre sí: «**¿Quién es este? ¡Hasta el viento y las olas le obedecen!**».

Allí en medio de la tormenta comenzaron los discípulos a sentir la necesidad de la fe, podríamos decir que descubrieron la necesidad de Jesús, el Señor. Más tarde, después de la experiencia del Resucitado y después de haberle sentido cerca de nuevo junto al lago, fueron afianzando su fe en el Señor, aquella que apenas despertaba por primera vez en medio de la tempestad.